

cisión de un hombre vulgar—observa Zweig—ha derribado el soberbio edificio construído en veinte años por el más atrevido y perspicaz de los mortales». Y generalizando, concluye Zweig sus observaciones con estas palabras: «El indeciso es rechazado con desprecio. Sólo los atrevidos, nuevos dioses de la tierra, son elevados por los brazos de fuego del destino, hasta el cielo de los héroes». La elegancia de que están revestidas estas palabras, no oculta la verdad axiomática que ellas encierran.

El momento en que Goethe escribió «La elegía de Marienbad» como desahogo a sus quebrantos sentimentales de septuagenario, suscita en Zweig una emocionada y lírica recordación, porque esta es la poesía más íntimamente personal del gran poeta, la predilecta de su ancianidad. Es la dulce despedida de una primavera gozosa desde el otoño de una vida eternamente renovada.

La vida de J. A. Sutter, el primero que advirtió la riqueza agrícola de California, se lee con el interés de la más apasionante novela de aventuras, porque el relato es movido como animada fué la vida de Sutter, de la cual Zweig nos hace una sucinta biografía.

Aquel trágico minuto en que Dostoiewsky ha de ser ejecutado es revivido patéticamente por Zweig. Dostoiewsky tiene ya vendados los ojos, una voz de mando, y la existencia del que iba a escribir «Crimen y Castigo» se habrá extinguido; en ese preciso instante llega la orden que le conmuta la pena de muerte, y Dostoiewsky se ha salvado para bien de la literatura. «Su rostro está pálido, sus ojos alucinados por la terrible carcajada de los Karamazov».

Relatos breves, sugerentes y dolorosos, son éstos de Zweig, cuya lectura tiene el poder vigorizante que emana de las vidas heroicas, revelándonos acontecimientos o existencias inéditos que han tenido la virtud de marcar una estela en el decurso de la humanidad.—*Milton Rossel*.

LA QUINTRALA Y SU ÉPOCA, por *Aurelio Díaz Meza*.

La labor literaria de Aurelio Díaz Meza, cuyo reciente fallecimiento ha sido una verdadera pérdida para las letras naciona-

les, es de las más honradas que pueda darse en nuestro ambiente intelectual. Entregado a una paciente búsqueda, exploró en los archivos todo cuanto se refiere a la época colonial, a fin de evocarla lo más verídicamente posible; pero su labor no ha sido la del investigador que se contenta con presentarnos los hechos escuetamente, el mero documento enfriado por el tiempo, donde la vibración humana está ya ausente. Díaz Meza supo devolverles a esos relatos que duermen en los archivos la atmósfera en que se desarrollaron los hechos que después ha recogido la historia, vitalizándolos, por así decirlo. Nos ha evocado un período de nuestra historia donde parece que el tiempo se había detenido, donde todo era lento y soporífero, sin que inquietud alguna perturbase la modorra de los días coloniales.

Esa quietud crepuscular de nuestra colonia fué de pronto turbada por la vida sádica y libidinosa de una mujer, que siembra en redor el espanto y la superstición, como si fuese una encarnación diabólica. Doña Catalina de los Ríos y Lisperguer—la Quintrala—es esta mujer, cuyo nombre se ha transmitido hasta nuestra época envuelto en una trágica leyenda de maleficios y crímenes. Por ello, su figura se destaca con fulgor siniestro en la paz hogareña de la colonia, interesando hasta hoy día a historiadores y artistas; a los primeros, en un afán de exactitud histórica; y a los segundos, como un motivo de evocación de una época poblada de sugerencias, donde la Quintrala es la heroína que concentra la atención del curioso. La novela está hecha, falta solamente el novelista que le dé con su estilo la emoción artística imperecedera.

Creemos que los investigadores han esclarecido ya hasta los repliegues más íntimos de la vida de la Quintrala; Vicuña Mackenna, don Crescente Errázuriz, don Miguel Luis Amunátegui y don Domingo Amunátegui—para citar las referencias que hace Díaz Meza—han revelado los más inéditos documentos que tienen relación con la existencia de esta mujer inquieta e inquietante. De escritores que hayan novelado a esta vida, novelesca de por sí solo, conocemos a Magdalena Petit, a quien parece aludir Díaz Meza, en la nota que figura en la página 55, en forma poco halagadora. Pero es incompleta la Quintrala evocada por

Magdalena Petit, pues el elemento sexual, que es en la Quintrala la determinante de sus pavorosas actividades, no aparece con el vigor y relieve que en realidad tuvo en esta existencia atormentada por la libidine. Interesante sería que algún iniciado en las ciencias médicas nos diese el diagnóstico de la Quintrala como lo hace Marañón con Enrique IV. Sabemos que Domingo Melfi prepara un ensayo acerca de la Quintrala en el cual bucea en los misterios del sexo.

Aurelio Díaz Meza, se sintió también atraído por esta vida y ahondó en ella a la luz de la más abundante documentación, dejándonos una completa biografía de la Quintrala (1). En esta obra póstuma de Díaz Meza se aúnan el elemento histórico y el artístico en desigual proporción, pues el primero ocupa un porcentaje superior, sin que la parte artística sea exigua. A través de las páginas de Díaz Meza, asistimos al proceso de un espíritu demoníaco, donde las perversidades y la lujuria se hermanaban criminalmente, enmarcado en el ambiente colonial, que es evocado en forma animada y pintoresca. Acaso haya recargo de detalles, de nombres propios y geográficos y repeticiones que desorientan al lector en la cronología de los hechos; pero ello no sería nada más que una prueba de la escrupulosidad y honradez con que Díaz Meza realizaba su obra histórica.

Por eso creemos que Díaz Meza ha dejado a la posteridad un libro valioso en el que hace la biografía de una mujer anormal en forma erudita y amena, iluminando, además, un período opaco de nuestra historia, y que se lee con el interés de la más apasionante novela. Tiene su estilo la plasticidad y gracia de los que se han nutrido en la lectura de los clásicos españoles, de ahí que no sea un desacierto considerarlo como un continuador de la obra realizada por Ricardo Palma.

Si quisiéramos buscar en este libro aquello que nos diese la síntesis del alma de la Quintrala, lo encontraríamos en el siguiente párrafo que tiene la vigorosidad de un agua fuerte:

«Su lujuria ingénita tomaba cuerpo a medida de que iba perfeccionando, en su cerebro, los procedimientos groseros que se

(1) Aurelio Díaz Meza. *La Quintrala y su época*. Editorial Ercilla. Santiago de Chile.

conocían para producir el dolor físico; en su ansia de saciar el apetito libidinoso, la Quintrala llegó hasta precisar los medios de provocar una más intensa congoja, a determinar qué sujetos demostraban mayor sensibilidad en el sufrimiento, y cuáles de ellos reflejaban con más propiedad y más verdad, en sus rostros y en sus actitudes, las alternativas angustiosas del suplicio. Los hombres maduros, los negros fornidos y viriles, los viejos, habituados ya al castigo, ofrecían poco atractivo a la estragada experiencia de la tirana; estos ponían, resignados, sus espaldas al látigo y reprimían su dolor con la resistencia de su fatalismo y de su vigor físico; en sus vulgares lamentos e imprecaciones no lograban conmoverla ya. En cambio, el suplicio de mujeres, de muchachos, de muchachas, de niños y niñas, proporcionaba a la feroz feudalataria un espectáculo insustituible. El espanto, la desesperación, la angustia, la congoja de una muchacha de doce años a la vista, de una antorcha de brea que iba acercándose a su rostro, paulatinamente, para incrustarse en él, estremecían de placer a ese monstruo de mujer. Las espantables muecas de un muchacho en pubertad, desnudo, sujeto de piernas y de brazos a dos palos diagonal, sobre cuyo cuerpo temblante se iba derramando arena candente o goteando brea encendida, provocaba en esa mujer satánica los más brutales espasmos de lujuria».—*Milton Rossel*.

LA SEMANA DEL LIBRO NACIONAL

HASTA aquí teníamos la Semana del Niño, la Semana de la Uva y hasta la Semana del Cepillo de Dientes. La Sociedad de Escritores, fundada en 1932, y que había permanecido *in ovo* por un año entero, mientras se despachaban las tramitaciones de su personalidad jurídica, pensó que ya era tiempo de tomarse su Semana, antes que estuviesen ocupadas todas las del año por una actividad cualquiera, y acordó en Agosto pasado celebrar la Semana del Libro Chileno.